

## VIBRATO, ALEMPARTE. VIBRATO

No supe si responder indignado o pedir más explicaciones. No me gustó la respuesta del arquitecto jefe, ni el contenido ni su tono. “Mire, Alemparte, haga su trabajo y déjenos hacer el nuestro. Esas dos facturas que tanto le extrañan están suficientemente respaldadas. Su trabajo consiste en verificar que coincidan los montos de las facturas con la planilla que le envían de “Egresos” y usted debe poner su firma en los cheques correspondientes”. Guardé silencio intentando apaciguar mi rabia, mezclada con un cierto porcentaje de vergüenza, el que rompí luego con un prudente, por no decir cobarde, “Sí, tiene toda la razón, señor Santelices. No debí haberme preocupado”.

Me retiré del Departamento de Obras con la vaga sensación de derrota y humillación. En realidad, más que vaga, era un directo e imponente sentimiento de humillación y vergüenza. Como suele ocurrirme en circunstancias parecidas, aparece en algún lugar de mi entendimiento el “Ave María Purísima” con el que mi abuela Amalia manifestaba su preocupación u horror frente a algún suceso fuera de lo común y otro, un tanto inexplicable: “*Vibrato, Alemparte. Vibrato*”, que no tengo muy claro de dónde viene, porque ha sido cubierto por una conveniente carga de olvido.

Tres días después de mi conversación tan esclarecedora con el arquitecto jefe, encontré en mi escritorio, apoyado en el teléfono fijo y apuntando directamente hacia mi sillón de funcionario, un sobre algo abultado en el que estaba mi nombre escrito a máquina. Contenía varios billetes de los más grandes, los que por una extraña delicadeza no conté, pero me pareció que al menos triplicaban mi suelducho de empleado. Guardé el sobrecito en mi cartera y más tarde lo trasladé a mi casa, porque me pareció prudente no gastarlos ni depositar en mi cuenta corriente, mientras me iba envolviendo nuevamente la suerte de mantra “*Vibrato, Alemparte. Vibrato*” que me acompaña siempre en situaciones raras y difíciles. Uno nunca sabe qué puede pasar en casos como este.

A fin de mes llegaron nuevamente las facturas por pagar, junto al listado correspondiente y los cheques con la firma del contador general. Sólo faltaba que yo rubricara cada uno de ellos, pero como es mi costumbre, revisé uno por uno cada documento. Sólo en contadas ocasiones he descubierto errores aritméticos, porque ahora hasta la más infeliz de las empresas tiene una calculadora digital. En el último tiempo, en especial en las facturas relacionadas con el Departamento de Obras, me había

llamado la atención en algunas la escasa correspondencia de la razón social y actividad declarada por la empresa, con el trabajo realizado o el servicio prestado. Dejé pasar una de “*Carolina Hernández*”. *Lencería fina*, empresa que habría ejecutado “Excavaciones en Edificio Echaurren”, por varios millones de pesos; otra de *Agustín Larraín, Decoración y Antigüedades*, quien habría hecho un proyecto de “Red de alta tensión del Edificio Echaurren”. Firmé los cheques correspondientes, pero al final creí conveniente participar al arquitecto jefe del Departamento de Obras mi gestión realizada. Esta vez me respondió amablemente, despidiéndose con un insólito “Vamos bien, Alemparte. Están todos muy contentos”

No pregunté quiénes serían aquellos todos tan contentos, pero tuve la intuición de que algo tenían que ver con el sobre que me llegó ese mismo mes y los que siguieron llegando durante un buen tiempo más.

Dos años después del inicio de la estratagema del Departamento de Obras con mi obsecuencia entre obligada y voluntaria, vino un inesperado cambio de gobierno. La coalición de partidos que había gobernado por más de veinticinco años y que pretendía mantenerse en el poder otros cincuenta años adicionales, gracias a su exitosa gestión económica y de inserción en la comunidad internacional, tuvieron que entregar el mando a la oposición, la que procedió a realizar una cantidad importante de cambios en los altos mandos y medios, entre los cuales figuró el Jefe del Departamento de Obras, razón por la cual nunca más volvieran a pasar ante mis ojos facturas poco congruentes entre sus razones sociales con la naturaleza de los trabajos realizados y otras de similar calibre, situaciones que si hubieren sido investigadas con algo de acuciosidad, inevitablemente se habría concluido que éstas eran “ideológicamente falsas”. Por supuesto, también se acabaron los sobres de abultamiento variable que yo había recibido religiosamente cada mes.

Un año después del cambio de mando yo seguía en mi cargo, el cual no despertaba mucho interés a las nuevas autoridades ni a nadie, en parte por su escasa remuneración y en otra por lo aburrido e insignificante de mi gestión funcionaria, lo cual me llevó a suponer que las irregularidades que podrían vincularme a ciertos errores acontecidos durante el gobierno saliente habían pasado inadvertidos, suposición truncada un lunes en la mañana, cuando fui citado al despacho del nuevo fiscal, el señor Luis Felipe Hurtado, quien me recibió con un aterrante y frío saludo, acompañado de un seco

“Siéntese, Alemparte”, que nada bueno presagiaba, seguido de un “Cuénteme, Alemparte, en qué consiste su trabajo” y luego mi breve respuesta—exposición de lo que hago, bien breve en realidad, porque mi trabajo no es precisamente complejo ni variado. Se interesó inmediatamente en las facturas, “¿Notó algo raro alguna vez en las facturas?”. Era evidente que el montaje del anterior director de Obras había sido descubierto, por lo que se necesitaba responder con la verdad. Sí, señor Hurtado, encontré facturas raras y mis aprehensiones las presenté oportunamente al director de obras. Detallé la dura respuesta que me llevó a no volver a objetar las siguientes y constantes facturas curiosas que siguieron llegando. “¿De modo que su gestión se limitaba a chequear que el monto de las facturas que presentaban para su firma coincidiera con la cifra estampada en la planilla mensual y luego, si había coincidencia en los números, usted procedía a rubricar el cheque correspondiente, junto a la firma del contador general? Sí, señor fiscal, así era, dicho con el aplomo de quien se ajusta a la verdad. Me sentía vencedor y estaba seguro de que con eso se acabaría esta suerte de interrogatorio, pero la segunda andanada del fiscal me dejó helado. “Lo grave es, Alemparte, que esas facturas no aparecen en las planillas de los archivos oficiales y por si fuera poco, hay otra cosa aún más seria: El fraude asciende a más de tres mil millones de pesos y lo peor para usted es que la firma del contador en esos cheques es falsa. Las desconoció el mismo profesional y fue corroborado por los peritos calígrafos que hemos contratado. Todo indica que usted introdujo esas facturas y firmó los cheques con una firma verdadera, la suya y una falsa, la del contador. Gravísimo. Hay sólo una cosa a su favor: Ni sus cuentas corrientes ni las de su legítima esposa acusan ingresos extraordinarios a los que pueden ser respaldados por su sueldo. Tampoco hay compras suyas de bienes raíces, automóviles ni viajes. Dígame Alemparte, ¿Dónde está la plata? “Está en el closet de mi pieza, debajo de un recuadro del parqué. Están todos los billetes grandes contenidos en los sobres abultados, la comisión que recibí por mi vista tan gorda y mi silencio oportuno”. Lo pienso, pero por ningún motivo lo digo. Luego respondo, con voz entre segura y quebrada: “No lo sé, señor Hurtado. He sido usado y vilmente engañado por el arquitecto Santelices y su grupo escondido en las sombras. No tengo cómo probarlo. Ojalá usted pueda seguir la pista de quienes cobraron los cheques.

Sí, en eso estamos. Por ahora, no hay más que agregar. Una cosa antes de que se retire. Manténgase visible y no se mueva de Santiago, esto es solo una recomendación. No hay orden de detención en

contra de usted. Todavía. Hasta luego, Alemparte.” Estrecho su mano, que siento de hielo, intento una sonrisa y me retiro con toda la dignidad que puedo improvisar.

Siento sobre mí unos ojillos azules que titilan enfurecidos en el aire detrás de unos anteojos de miope que se clavan en mi espalda. ¡Orden de detención en contra mía! Al “*Virgen María Purísima*” de mi abuela Amalia se suma el, “*Vibrato, Alemparte. Vibrato*” que grita mi maestro Enrique Kleinman, segundo violín de la Orquesta Sinfónica de Chile y profesor titular del Conservatorio Nacional de Música, mirándome furibundo, odiando con toda su alma a mi ordinario violín color rosa sin barniz, comprado de ocasión por mi mamá, la única protectora que tenía en mi familia para estudiar tan maldito y quejumbroso instrumento y a mí, que no lograba sacar el imposible vibrato, ese sutil movimiento de la yema de los dedos sobre la cuerda presionando el diapasón. Acérquese a la ventana, Alemparte, ordena Kleinman. Ábrala y tome aire. Sostenga el violín con su barbilla, que no se mueva. Pose sus dedos sobre las cuerdas, Intente un vibrato sobre una sola nota, concéntrese en su última falange. Mire hacia arriba ¿Qué ve? Un resplandor rojo, profesor. Mire hacia abajo, ¿Qué ve? Nada, profesor, no veo nada. Vamos, intente el vibrato, quite presión a los dedos, ahora apoye el arco y frote la cuerda. ¿Eso es un sonido, Alemparte? ¡No, así no, deshágase de su cuerpo! ¡*Vibrato, Alemparte! ¡Vibrato!* me grita nuevamente mientras clava con fuerza la punta aguzada de su arco profesional entre mis costillas, punta de flecha que siento como puñal de hielo , porque mi cuerpo arde de furia e impotencia. ¡Así no, que sólo los dedos, nunca la mano, menos aún el brazo y usted, inútil, hace vibrar su cuerpo entero! Su sonido es atroz, Alemparte. Usted arruinaría un Guarnieri con su torpeza atávica. ¡Mándese a cambiar de aquí, no quiero verlo a usted ni menos tener que oír a su espantoso violín rosado sin barniz nunca más!

Camino por el pasillo que lleva a la salida con mis manos atadas por frías esposas de acero. Una multitud de fotógrafos y reporteros corre a mi encuentro. Marcelita, mi mujer llora. Valentina, mi vieja secretaria la abraza y consuela. Mi papá y mi mamá extienden sus brazos de muertos hace tanto tiempo para darme un apoyo imposible. Al final, un patio pavimentado por baldosas grises y cubierto por una estructura de acero y vidrio. Luz tamizada y solemne. Voces afinándose de tenores, sopranos y barítonos que cantan discordantes al unísono, alternadas con escalas interminables de Czerny que algún estudiante presentaba a su maestro de piano. Un par de violoncellos derrama un triste adagio.

Dos trompetas ensayan para las comidas del rey. Es el patio central del antiguo Conservatorio Nacional de Música, donde pasé buenas y algunas dolorosas tardes en mi infancia. Un zaguán pone el contraste de luz y sombra, separando la broma musical del silencio del área de servicio. La cocina tibia y generosa de la Nona Rosa, la mujer del cuidador, nos brindaba su exquisito café con leche, empolvados, alfajores y chilenos que nos vendía a precios ridículos y a la escala de estudiantes impúberes. Los tenores “grandes”, ¿quince años el mayor? que pedían un cafeeee´con leeecheeee...caaara Roosa miiiiiaaaa...., con música de Rigoletto. Me sentía y verdaderamente era, para envidia de mis hermanas mayores que estaban en “Humanidades”, un legítimo estudiante universitario, con carnet y todo. Paz, amor y arte, hasta el día aquel en que frente a la ventana de la cocina que daba al patio trasero conformado por nuestra vieja casa y el edificio colindante de siete pisos, pasó la sombra que cambió mi vida al explotar sobre los pastelones con un ruido tan violento que hizo vibrar los vidrios de los salones de canto y de las salas de música circundantes. La Nona Rosa fue la primera en verlo, porque estaba más cerca de la ventana y nos ordenó “No se acerquen niños, ustedes no pueden ver esto” lo que traducimos como un incitante “Vengan a ver esto”. En realidad, no debimos haber visto eso, no debí haber visto esa silueta negra extendida curiosamente como llave de sol sobre los pastelones grises de cemento, con una áurea roja que se extendía cubriéndolo todo. Durante algún tiempo fue llamado en el Conservatorio, el suicida de la llave de sol. Camino sin un destino preciso por Teatinos hacia el norte, aunque sé perfectamente a dónde voy. El nuevo edificio del Conservatorio Nacional de Música fue construido en el mismo lugar en que estaba el edificio viejo y no mantiene siquiera una traza de su noble antepasado. Nadie me detiene en la puerta. Ascendo lentamente por la generosa escalera, deteniéndome en cada piso para recorrer sus pasillos. Reconozco la misma mezcla de sonidos que reemplazan al desaparecido patio cubierto central. Sopranos y barítonos cantan en forma simultánea “*Nessum dorma*” y “*Casta Diva*”; un cello se impone a un oboe; Gershwin a Britten; las luces a las sombras, el sonido al silencio.

En el séptimo piso encuentro una sala abierta. Junto a la ventana hay un violín de estudio que me genera el mismo pánico de la mañana, aumentado por la vergüenza que siento por haber ocultado esta doble vida mía a Marcelita, mi buena y santa legítima esposa. Perdóname, amor mío, nunca me atreví a contarte de la fortuna escondida y no habría podido dar respuestas a tus preguntas.

Tomo con naturalidad el violín como si fuera el mío, también es algo rosado y tampoco tiene barniz. Lo apoyo entre mi mentón y la clavícula izquierda justo cuando una voz grave me saluda: “Alemparte, qué bueno que ha vuelto a clases. Abra la ventana y tome aire, eso es, ahora suéltelo suavemente”, me invita el profesor Enrique Kleinman. Por primera vez lo veo sin sus gruesos lentes de miope y puedo apreciar sus ojos azules dulces y profundos. “Pose sus dedos suavemente sobre las cuerdas e intente ahora un vibrato, una sola nota. Manténgala, aún no emplee el arco, concéntrese en sus falanges. Eso es, está resultando bien. Mire al frente, ¿Qué ve?” Veo un resplandor rojo, profesor. “Mire hacia abajo, ¿Qué ve?” Veo un cuadrado gris y una llave de sol con una aureola roja, profesor. Es el suicida que aterró mi infancia, señor Kleinman. “Vamos, Alemparte, intente el vibrato nuevamente, quite presión a los dedos, deles vida propia, ahora apoye el arco, frote suavemente la cuerda. ¿Cómo siente el sonido? ¡Lo está logrando, Alemparte! Siga así, deshágase de su cuerpo, usted ahora es sólo dedos de la mano izquierda! *¡Qué buen vibrato, Alemparte! ¡Magnífico vibrato!*” exclama entusiasmado el eximio violinista, mientras clava con fuerza la punta aguzada de su arco entre mis costillas, punta de flecha que no siento porque mi cuerpo ha desaparecido y ahora soy sólo dedos que oscilan mientras aprisionan la cuerda Re sobre el diapason. “¡El arco, muévalo con pasión y elegancia! ordena con devoción el maestro. ¡Eso es, qué hermosa nota. Su violín rosado sin barniz suena ahora como un Stradivarius! ¿Qué siente, qué ve ahora, Alemparte? Hacia arriba veo las estrellas, profesor. Brilla con fuerza el lucero de la noche y más allá, las Tres Marías. “¿Y hacia abajo, qué ve hacia abajo?” Hacia abajo veo un abismo, parece un tubo negro y en el fondo hay un cuadrado gris, un pequeño cuadrado gris que se acerca y agranda muy rápido. En el medio veo una silueta negra, encogida como una llave de sol, rodeada de un aurea roja que lo enmarca.

Un hombre está tendido mirando las estrellas y canta con voz grave *“et lux perpetua luceat eis”*.

Está oscuro ahora, ha llegado la noche, ha llegado mi hora anunciada por un oboe lejano y por el poderoso redoble de dos timbales que me aterran, estallando en un llanto ancestral que hace temblar por última vez a la tierra, a los vidrios de las viejas salas de música y a los de los salones de canto que han regresado del silencio esta tarde en que yo inicio mi viaje final.